

José Francisco Conde Ortega\*

1 Antonio Marquet, autor de un libro –*¡Que se quede el infinito sin estrellas!*<sup>1</sup>– que propone una reflexión de la cultura gay en el cruce de un milenio a otro, se define como un “fundamentalista”. Aceptando la broma como una especie de mecanismo de defensa, no es ocioso pensar en una especie de cierre de canales de diálogo, de asumir la creación de cotos cerrados para, desde ahí, empecinarse en reafirmar la paradoja que parece ser el verdadero signo de nuestro tiempo: la incomunicación en el siglo de la explosión de los sistemas de comunicación.

En la cuarta de forros del texto mencionado se lee lo siguiente:

Aún hay quien se pregunta con una actitud que apenas esconde inveterados dejos homofóbicos si existe una cultura gay. Pregunta insidiosa que intenta negar la riqueza expresiva de una comunidad que ha sobrevivido a una de las constantes más vergonzosas de la historia humana: la marginación y persecución del homosexual.<sup>2</sup>

No se puede negar, desde luego, que uno de los grandes problemas humanos ha sido el miedo a la diferencia, sea ésta de la naturaleza que sea. Y que la lucha de los espíritus superiores se ha dirigido, siempre, a

\* Profesor-investigador de tiempo completo del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco

<sup>1</sup> Antonio Marquet, *¡Que se quede el infinito sin estrellas!*, México, UAM, 2001.

<sup>2</sup> *Loc. cit.*

encontrar lo más valioso del ser sin que importen apariencias, razas, ideologías, preferencias sexuales. Por esto, la afirmación de la cita transcrita líneas arriba peca de reduccionista. A mí me parece que el asunto es mucho más complejo.

El mismo Antonio Marquet ha expresado en más de una ocasión que, ahora que las marchas gozan de tan buen cartel, él iría a una de heterosexuales porque le gusta apoyar a las minorías. Sentido del humor aparte, tal parece que cada quién puede adscribirse, sin mayores dificultades, a la minoría que le plazca. Y esto, aunque obvio y grosero, parece ser cierto en la medida en que las sociedades, en una torcida idea de la globalización, favorecen el surgimiento de islas en un vasto océano donde nadie conoce a nadie. Así, actitudes autoconmiserativas y de automarginación simplifican el problema y eluden su discusión y la posibilidad de una verdadera comunicación entre todos los seres humanos.

2. Con todo, no parece ociosa una somera revisión de la homosexualidad a partir de la cultura grecolatina, fundadora de los parámetros conceptuales de Occidente; o, como dijo algún comunicólogo contemporáneo, creadora del sistema operativo con el que construimos nuestro mundo azaroso.

En Grecia, una costumbre apenas provocadora para los ojos de hoy ofrece una forma de ver el mundo de los civilizados helenos: jóvenes y viejos se exhibían desnudos en la palestra o el gimnasio. Y allí, entre los cuerpos desnudos, un hombre maduro se podía fijar en un adolescente e intentaba seducirlo. Si éste aceptaba, se creaba entre ellos una intimidad peculiar.<sup>3</sup>

Y no se consideraba que existiera ninguna incitación a la depravación. El hombre maduro era el *erastes* (el amante); y el joven, el *eromenes*

<sup>3</sup> Para esta revisión sigo, en especial, el ameno libro de Carlos Fisas, *Erotismo en la historia*, p. 67 y ss. Este libro ofrece, además, una especializada bibliografía sobre el tema.

(el amado). Aquél debía estar en posesión de todas sus facultades; éste, esperanza de la juventud por la gracia de su cuerpo, se convertía en discípulo. Así nacía el amor, fundado en la admiración recíproca. Y era valedero por una razón peculiar: la diferencia de edades.

Esto le permitía al joven el privilegio de ser un confidente, un amigo en quien confiar. Alguien capaz de la oportuna palabra de consuelo. El mayor, por su parte, adquiría la obligación de proteger a su bienamado, formar su espíritu, consagrarle lo mejor de sus pensamientos y, de ser posible, “coger en sus labios las primeras rosas de su primavera”.<sup>4</sup>

Como condición esencial, el *erastes* no debía ser mayor de 40 o 45 años; y el *eromenes* debía ser un adolescente entre los 13 y los 18 años. La barba o la carencia de ella era el signo exterior, fácilmente advertible en la pintura y la decoración de la cerámica. Y si se respetaban las convenciones, una idea del amor, en función de la virtud, era algo más que plausible en esa sociedad. Escribe Plutarco en *Del amor*:

Afirmo que no es amor el que sentís por las mujeres o por las jovencitas. Sería tan absurdo como llamar amor a lo que las moscas sienten por la leche, las abejas por la miel o lo ganaderos y los cocineros por las terneras y las aves de corral que ceban. Es totalmente natural desear alimentos con moderación, pero un apetito excesivo recibe el nombre de glotonería [...]

De la misma manera, el placer que se dan mutuamente los hombres y las mujeres está en la naturaleza humana; pero cuando el deseo que nos impulsa se convierte en algo tan violento y poderoso que no podemos controlarlo, no merece que se le llame por más tiempo Amor. En efecto, el amor es lo que os une a los más jóvenes y bien nacidos, y lo que, a través de la amistad, os conduce a la virtud. Por el contrario, el deseo por las mujeres, aunque salga bien sólo permite obtener un placer físico.<sup>5</sup>

Es decir, todo un esfuerzo de intelectualización que abre paso a un sistema filosófico. No obstante, la antigua Grecia tampoco era muy

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>5</sup> Citado en *Loc. cit.*

consecuente con los que actualmente serían llamados *gays*. Los adultos que buscaban un jovencito como amante eran hombres casados, con hijos y frecuentaban a las prostitutas. En cambio, el homosexual maduro y el travestido eran considerados infames y castigados por la ley, que les impedía ejercer sus derechos ciudadanos. En esencia, lo que se condenaba eran los amores mercenarios. Por eso había jóvenes célebres y respetados porque, debido a su belleza y sus virtudes, habían sido muy amados. Y existían, asimismo, los que se vendían y eran anatematizados.

Los romanos eran más prácticos y apegados a los bienes terrenales. Y no perdían el tiempo en sutilezas amorosas. Y antes de la influencia griega practicaban la homosexualidad, pero en forma ruda y grosera. La pederastia griega exigía la igualdad social de los amantes; era necesario que el joven fuera de condición libre para que el amor se desarrollase en la reciprocidad y la comunión intelectual. Los romanos, en cambio, preferían comprar su placer.

La aristocracia romana, influida por las modas y costumbres griegas, las plagió sin la sustancia intelectual y hedonista que tenían. Y se libró la pederastia por esnobismo, como exhibición de una pretendida elegancia. Los grandes señores se sentían obligados a tener en su casa a bellos adolescentes en harenes que llamaban *paedagogia*; y estos "alumnos" recibían nombres cariñosos como *delicati pueri*, *deliciae domini*, *delicium* o *delicium*.

Estos bellos muchachos formaban parte del lujo de la casa. Se les compraba muy caros y se les exhibía con orgullo. Eran, en general, *vernae*; es decir, esclavos nacidos en casa de su amo; otras veces eran extranjeros importados por los mercaderes. Venían casi siempre de África. Los compraban a bajo precio en las orillas del Nilo, en Etiopía o en Siria, y dejaban a los traficantes cuantiosas ganancias. Los alejandrinos eran los más buscados. Y pagaban por ellos altos precios, aunque éstos variaban en relación con la edad y la belleza del muchacho; y también en función de sus habilidades, pues no sólo servían para sa-

tisfacer sexualmente a su amo, sino también en los banquetes, para lavar manos y pies de los invitados, pasar los platos, escanciar el vino, ahuyentar las moscas con ramas de mirto. Y todo mientras cantaban y bailaban.

Y el amo los cuidaba, los vestía con exquisita coquetería y cuidaba sus cabellos hasta el extremo de secarse los dedos en su melena después de comer. Había notable diferencia entre el *erastes* griego y el amo romano. Mientras aquél cultivaba el espíritu de su amado; éste propiciaba en los *pueri* la insolencia y la vulgaridad. Era costumbre en las familias patricias que cuando un hijo entraba en la pubertad le entregaran un esclavo pequeño que compartiera su lecho y se prestara a satisfacer los primeros impulsos voluptuosos. Este *puer* lucía una larga cabellera que su amo hacía cortar cuando se casaba, como prenda de fidelidad hacia su esposa.

Estas relaciones entre el amo y su joven esclavo estaban permitidas con la condición de que no se prolongasen pasada la pubertad, pues entonces la conducta del amo se consideraba repugnante. Desde el momento en que el esclavo abandonaba la adolescencia se debía dejar de tratarlo como antes, pues era indigno que un hombre tuviera relaciones sexuales con alguien barbado. Sin embargo, algunos golosos, muy enamorados de su *delicium*, lo hacían depilar en cuanto comenzaba a salir el vello. Todo para no ser víctimas del desprecio de los demás.

La sociedad romana, tolerante del amor hacia los muchachos, ostentaba un verdadero culto a la virilidad. Lo que se reprobaba era la *mollitia*, es decir, las costumbres afeminadas, sobre todo en el hombre libre. Era natural sodomizar a un esclavo, pero un ciudadano libre se deshonraba si se sometía pasivamente a otro. Cuando lo hacía, se le tachaba de *impudicus* o de *diatithemenos* (enculado). El delito era más grave si se dejaba penetrar por su esclavo, pues en este caso se producía una inversión del código social. No obstante, el descrédito no suponía alguna sanción jurídica, pues la homosexualidad no era propiamente un delito, cuando menos durante la época imperial. Ni tampoco se le

consideraba un atentado al orden natural, como sí lo eran la necrofilia y el bestialismo.

La ley romana era bastante permisiva a propósito de la prostitución. Esclavos, libertos y extranjeros podían ejercerla sin mayor problema, no así los hombres libres, para quienes estaba estrictamente prohibida. Así, en Roma la prostitución masculina estaba tan extendida como la femenina. Y pululaba en los barrios bajos. Y se nutría de miserables que se vendían por un pedazo de pan. Como ahora, las “locas” se vestían escandalosamente y se maquillaban en exceso. Y si a los hombres libres les estaba vedado prostituirse, en cambio se les permitían otras aficiones.

César era bisexual, y se le llamaba “el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos”. Abundan las anécdotas al respecto. Tiberio se bañaba acompañado de niños y niñas que le mordisqueaban los genitales. Calígula, con su amante, desempeñaba indistintamente los papeles de hombre o de mujer. Nerón se casó con su liberto Pitágoras y se acostó en el lecho nupcial gritando como una jovencita a la que se desvirga. Heliogábalo salía, por las noches, en busca de marinos y cargadores para saciar sus ímpetus.

3. En la Edad Media, e incluso en siglos posteriores, la homosexualidad estuvo considerada como una herejía. Es una constante que los seguidores de determinada religión o secta acusen a sus adversarios de practicar costumbres contra natura. Y las acusaciones van y vienen. Los sodomitas eran asimilados a los herejes. Y Dante los coloca, con los usureros, en el mismo círculo de su infierno.<sup>6</sup> Es probable que los herejes, o por lo menos algunos de ellos, hayan favorecido la homosexualidad. Los bogomilas, los maniqueos y los cátaros tenían en común ciertas creencias. Eran dualistas, por lo que afirmaban que la carne pertenece al diablo y que la procreación no hace más que encerrar

<sup>6</sup> En el tercer recinto del séptimo círculo están los impíos, los sodomitas y los usureros.

las almas en la materia nefasta. Por ello los actos sexuales cuyo fin no era la procreación quizás fueran más inocentes que los actos destinados a ella.

Santo Tomás de Aquino, como todos los teólogos de su tiempo, se ocupó de asuntos sexuales. Y afirmó que el matrimonio sólo era recomendable por dos razones. La primera, naturalmente, porque era la única forma de que los niños fueran concebidos sin pecar. La segunda, porque apartaba al hombre de otras locuras sexuales. En orden decreciente, tales locuras eran: la zoofilia, la sodomía, el desprecio de los métodos naturales de acoplamiento —sea por el empleo de métodos prohibidos (ayudas artificiales), sea recurriendo a otros métodos de coito bestiales y monstruosos (bucales o anales)—, la masturbación, el incesto, el adulterio, la seducción y la fornicación pura y simple.

Los travestidos eran juzgados tan severamente como los sodomitas. Y es curioso notar que la mayor parte de los procesos hayan sido en contra del sexo masculino. Y que sólo en casos extremos alguna mujer fuera juzgada por vestirse de hombre. Aun cuando se sabe de mujeres que se hacían pasar por varones, y que incluso se llegaron a casar con mujeres. En estos casos el tribunal debía juzgar si la mujer había sido engañada.

4. Durante la Edad Media, tan conservadora en asuntos sexuales, sólo en raros casos se habla, en los registros de los tribunales, de lesbianismo, aunque algunas veces se indique que la mujer que lo hace debe perder un miembro la primera y la segunda vez, y la tercera será quemada. Probablemente porque el universo conceptual de Occidente, a partir de los griegos, ha sido concebido por y en función del hombre, la homosexualidad femenina no ha tenido una consideración relevante.

Textos medievales aluden a la rapidez con que se gesta un feto que dará origen a una mujer: su naturaleza es más simple que la del hombre, que necesita más tiempo en el útero para salir con todas sus capacidades. Y, como bien se sabe, son matices de la concepción aristotélica del mundo. No hay que olvidar que en el universo griego la mujer desempeñaba un papel ancilar. Baste citar el caso de Helena, figura embelleci-

da por la leyenda de la Guerra de Troya. Pero el lector se asombra de la fatalidad con que asume su condición: durante la guerra —en la *Iliada*— es la amante esposa de Paris. Después —en la *Odisea*— aparece muy feliz al lado del rubio Menelao. Cambia de dueño sin que la menor aflicción asome por su rostro. Quizás las únicas transgresoras sean Lisístrata, en los encantadoramente obscenos renglones de Aristófanes, y la dulce Safo, quien en Lesbos comienza la visión artística del amor entre mujeres.

Así, en la historia literaria se encuentran pocos casos. No es que no existan. Lo que ocurre es que, debido a la escasa importancia social de la figura femenina, las transgresiones no pasaban de la anécdota. No es sino hasta el siglo que recién concluyó en que la mujer, con todas sus posibilidades, asume un papel decisivo en la historia general de la humanidad.

Un soneto, tomado de *Poesía Erótica del Siglo de Oro*,<sup>7</sup> ofrece una versión graciosa del asunto:

Hallándose dos damas en faldeta  
tratando del amor con mucha risa,  
se quitaron faldetas y camisa  
por hacer más gustosa la burla.

La una con la otra recio aprieta,  
mas dales pena por la carne lisa.  
Entonces llegó Amor, con mucha prisa,  
y puso entre las dos una saeta.

La una se apartó muy consolada  
por haber ya labrado su provecho,  
la otra se quedó con la agujeta.

<sup>7</sup> Citado por *Ibid.*, p. 103.

Y como me miró, viéndose amada,  
por el daño que el dómine habla hecho  
le puso por prisión una bragueta.

Como es fácil advertir, la visión, aunque graciosa, sigue siendo homocéntrica. Las mujeres se avergüenzan por su falta de pene. Éste llega y las dos se sienten satisfechas.

En 1929 se publicó en Inglaterra *El pozo de la soledad*, de Radcliffe Hall. Y su autora fue acusada de obscenidad ante los tribunales. El juez admitió que la novela tenía cierto mérito literario, pero impuso se censura declarando: “Estoy convencido de que *El pozo de la soledad* tiende a socavar la moral pública, que su tema ofende a la decencia pública y que está calculada para depravar y corromper las mentes abiertas a las influencias inmorales...” El editor del libro apeló a un tribunal de tres magistrados, que revocaron la sentencia y el libro fue autorizado.<sup>8</sup>

5. El siglo XIX, con los decadentistas, parnasianos y simbolistas, amén de los modernistas en Hispanoamérica, pudo ver con nuevos ojos todo lo que una moral hipócrita y acomodaticia había ocultado durante siglos. Los artistas, últimos y desesperados románticos, quisieron vivirlo todo y agotarlo todo. Con Grecia como inspiración, todas las realidades humanas encontraron una novedosa oportunidad. Los “poetas malditos”, y sus seguidores y adversarios aquí y allá, trajeron al lienzo y a la página experiencias de suyo transgresoras. Como una desesperada respuesta a un mundo anodino y vulgar, erigieron su “ideal”. Y en éste cabía todo. Hasta los amores no convencionales. Claro que todo era visto a través del arte. Pero esto dio cauce a una nueva forma de ver el mundo. Y nuestro mundo actual mucho le debe a esa aventura estética y vital.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 96.

6. Entre otros muchos, dos autores son particularmente atractivos para este asunto de la homosexualidad femenina: Pierre Louys y Efrén Rebolledo. El francés con *Las canciones de Bilitis. Bucólicas en Pamfilia*; el mexicano con “El beso de Safo”, uno de los doce sonetos de *Caro Victrix*.

En 1894 Pierre Louys asombra y engaña a los eruditos de su tiempo. Los poemas amorosos y delicadamente eróticos de *Las canciones de Bilitis* despertaron revuelo al saber que habían sido escritos por una discípula de Safo, y por ser un descubrimiento arqueológico inusitado. Louys era el traductor, del griego, de tales poemas. Y escribió una relación de la vida de Bilitis, y cómo encontraron los poemas grabados en la tumba de la autora. Poco después se descubrió que Bilitis y sus poemas eran una invención del autor de *Afrodita*. La obra, entonces, sufrió los rigores del tabú. Pero esto funcionó para la perduración del mito.

Independientemente de la anécdota, los poemas valen por la sutileza, cierta inocencia y naturalidad y una gran fuerza vital con que las muchachas se entregan a un amor curioso e insaciable, con el espíritu de las hijas de Lesbos. Y llama la atención que un hombre escriba desde la perspectiva de una mujer. Y que sepa degustar los placeres de los sentidos en el cuerpo femenino.

En cada uno de los poemas, Bilitis y sus amigas, en la relación de las cosas de todos los días, se exaltan ante los misterios del amor. La impaciencia y la sonrisa son su modo de esperarlo todo. Y mientras llega el ente masculino, ellas no dudan en compartir sus cuerpos y sus pieles en juegos eróticos que llenan de vida el entorno. Así, un “árbol hermoso/ tremaba de vida”<sup>9</sup> cuando la muchacha se sube desnuda a su tronco, abre las piernas y las cierra sobre una de sus ramas.

Pero, quizás, lo más provocador sea esa intromisión de un *voyeur* que contempla, extasiado, la belleza de los cuerpos femeninos, así sea en la ilusión de las ninfas. Y es que, para hacerle justicia a la belleza, tal

<sup>9</sup> Pierre Louys. *Las canciones* ..., p. 19.

parece que se debe imponer cierta distancia. La contemplación eleva la realidad a terrenos de delirio. Y sin culpa ni pesares, las dos últimas estrofas de “El anciano y las ninfas”<sup>10</sup> son la justificación de cualquier existencia apresurada:

“Las uñas eran tenues élitros de cigarras,  
las nucas, en un grácil arco de cimitarras;  
los hundidos pezones, cálices de nepente”.

“Y en redor de los muslos de las núbiles ninfas,  
al coger los nenúfares, se rizaban las linfas  
en círculos que ibanse ampliando lentamente”.<sup>11</sup>

El milagro de la contemplación, sí; pero también el pre-texto para que, en 1916, Efrén Rebolledo ofrezca su versión. Además, debe advertirse un cambio de perspectiva –ya apuntado líneas arriba– respecto de autores anteriores. Poco antes, Alfred de Musset, en *Gamiani*, si bien provocador y muy probablemente antecedente del divino Marqués, no deja de dar una visión un tanto prejuiciada. El *voyeur* también está arrobado y lleno de lujuria ante la contemplación del encuentro amoroso entre la condesa Gamiani y su invitada. Interviene él en los juegos para, después, teorizar sobre el asunto y declarar, henchido de compasión, que el placer entre dos mujeres es un “placer abortado”.<sup>12</sup>

Pierre Louys, por el contrario, en “Danzas al claro de luna” ofrece un cuadro pleno de gozoso erotismo, donde las mujeres

Se persiguen danzando por parejas;  
vence la envuelta en apolíneas gasas  
y, del compás al mágico embeleso,

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>11</sup> Cito por la traducción de Enrique Uribe White. *Loc. cit.*

<sup>12</sup> Alfred de Musset, *Gamiani*, p. 11.

toma a su amiga por las dos orejas,  
cual ánfora de vino, por las asas,  
y en codicia de amor se bebe el beso.<sup>13</sup>

No hay culpa ni prejuicio, sólo la visión encantada de un amor que no tiene que ser para siempre. Es el juego estético del placer. Es la asunción de la belleza y de la vida. Por fin, “La amiga complaciente” es verdaderamente delicioso. En un alarde de sobre entendidos, las amigas comparten la cama; se aprietan y se tocan. El pretexto: el recuerdo de un varón: pretexto y disparadero para el disfrute de los cuerpos. El poema termina así:

Y en el silencio de la noche, tierna, dulcemente, dio  
a mis placenteras fantasías, el sortilegio de una rara  
ilusión.<sup>14</sup>

Efrén Rebolledo, por su parte, en la luminosa docena de sonetos de *Caro Victrix* indaga en todas las posibilidades del amor sexual. Y si para Xavier Villaurrutia no era un gran poeta, pero sí “un poeta muy distinguido”,<sup>15</sup> sí consiguió que la pasión erótica tomara cuerpo y nervio en estos sonetos. “Sus procedimientos eran los del modernismo, lo mismo que su acervo léxico, pero esa capacidad de lujuria lo llevó a trascender convenciones de la época. “El beso de Safo” es, además de una notable escultura verbal”, la revelación de que el placer es la forma más pura del conocimiento. No sé en qué medida sus viajes al Oriente lo involucraron con cierto modo de conocer del Islam, pero se adelanta a su tiempo en esa concepción sin culpa del amor. Y del amor homosexual entre mujeres.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>15</sup> Xavier Villaurrutia. Prólogo a *Poemas escogidos de E. R.*, p. 12.

Muy lejos ya de Alfred de Musset, se coloca en posición privilegiada para contemplar las “eróticas pependencias” de dos mujeres. Más cerca de Pierre Louys, se reconoce extasiado y seducido ante ese espectáculo de belleza inigualable. Y deja que por su lascivia hablen los versos. Y que cada palabra vaya cincelando cada momento. Por más que, dolorosamente, en el fondo, sepa que todo es fugitivo e inasible. Aunque, también, mantenga la esperanza de permanecer en el arte. El soneto, segundo del conjunto, dice esto:

Más pulidos que el mármol transparente,  
más blancos que los blancos vellocinos,  
se anudan los dos cuerpos femeninos  
en un grupo escultórico y ardiente.

Ancas de cebra, escorzos de serpiente,  
combas rotundas, senos colombinos,  
una lumbre los labios purpurinos,  
y las dos cabelleras un torrente.

En el vivo combate, los pezones  
que se embisten, parecen dos pitones  
trabados en eróticas pependencias,

y en medio de los muslos enlazados,  
dos rosas de capullos inviolados  
destilan y confunden sus esencias.<sup>16</sup>

Rara perfección en la estructura del soneto; y más rara aún la asunción de contemplar el placer para hacerlo propio. Más que una convención literaria, el poema significa una plena apertura para las posibilida-

<sup>16</sup> Efrén Rebolledo, *Salamandra. Caro Victrix*, p. 106.

des todas del cuerpo. Sin prejuizar, el poeta comparte la fiesta de la vida ante el milagro de contemplar dos hermosos cuerpos de mujer.

7. Al siglo vigésimo le es dado contemplar, con asombro e inmejorables augurios, la irrupción plena de la escritura de mujeres para cantar y cantarse plenamente. No digo que antes no hubiera voces y esfuerzos. Parece claro que prepararon un camino. Baste recordar a sor Juana, de quien Ludwig Pfandl afirmó que sus poemas más llenos de vida eran los dedicados a la virreina de Mancera. Y eran poemaslésbicos.

En estos días, por fortuna, ya nadie tiene que esconderse. Y aunque aún existen sectores de la sociedad que hacen de la hipocresía una forma de censura y de tormento, la misma dinámica social los invalida. Estos son los verdaderos marginados, de hecho, automarginados. Por eso escribí, al principio de este ensayo, que ciertas proclamas de algunos grupos homosexuales pueden carecer de sentido en la medida que el aislamiento es una trampa doble. Antes bien, me parece que si de luchar se trata, bien valdría la pena luchar por inscribirse en la historia total de la historia humana.

Esa trampa puede hacer perder de vista el objetivo. Y simplificar la discusión. Es cierto que existen actitudes de homofobia, como en todos los tiempos. Pero la respuesta no radica en darle la vuelta a la tortilla. Me explico: como una manera de revancha, parece causa perdida afirmar tácitamente que toda producción homosexual, por el simple hecho de serlo, es valiosa. Y quien opine lo contrario es, indefectiblemente, homofóbico, con toda la carga de desesperanza que el término conlleva.

Sencillamente existen buenos y malos escritores. Homosexuales o heterosexuales. Como ejemplo bastaría citar a dos poetas que, sin quejas ni proclamas, enarbolan una obra valiosa y comprometida con su elección sexual. Una obra que apuesta, sobre todo, a ser literatura. Algunos poemas de Silvia Tomasa Rivera, en *Duelo de espadas*, son buena muestra. Y un libro, bello e intenso, de Reyna Barrera confirman

lo anterior. El libro se titula *Lunario*, de donde cito la segunda parte del poema "Para Sandra":

Juntas alzamos la tienda  
en el oasis de nuestro corazón.

Juntas cavamos el pozo  
de nuestra sed  
para bebernos.

Solas llegamos a la línea  
donde se acumulan los ocasos,  
donde la memoria cae ebria de  
recuerdos,  
para decirnos cuánto y cómo nos amamos.

Recogimos abrojos y estrellas.  
Devoramos abrojos y estrellas.  
Bebimos nuestras lágrimas.  
Parimos sueños y esperanzas  
y nos dimos plenas de amor  
cada noche de luna nueva.<sup>17</sup>

Este asumir un lugar en el mundo; esta decisión de ser sin concesiones parece ser el camino para compartir, con Efraín Huerta, la verdadera división del mundo se ha dado entre los inteligentes y los estúpidos, los sobrios y los ebrios. Ebrios e inteligentes; sobrios y estúpidos.

Ciudad Nezahualcóyotl-UAM-Azcapotzalco, otoño de 2001.

<sup>17</sup> Reyna Barrera, *Lunario*, p. 36.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alighieri, Dante. *La divina comedia*, T. I, Edición Facsimilar de Barcelona. Imprenta y librería religiosa y científica del heredero de don Pablo Riera. Robador 24 y 26. MDCCCLXXX. Edición ilustrada con 136 láminas de Gustavo Doré, México, Editorial del Valle de México, s/f. 194 pp.
- Barrera, Reyna, *Lunario*. México, Ediciones Papeles Privados, 2000, 64 pp.
- Conde Ortega, José Francisco, *Diálogo de octubre*, México, IHC, 1993. 144 pp.
- Fisas, Carlos, *Erotismo en la historia*, España, Plaza y Janés, 1999. 253 pp. (Historia viva).
- Louys, Pierre, *Las canciones de Bilitis. Bucólicas en Pamfilia*. Trad. de Enrique Uribe White, Colombia, Panamericana editorial, 2000. 135 pp.
- Marquet, Antonio, *Que se quede el infinito sin estrellas*, México, UAM, 2001. 606 pp. (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades; Serie Literatura).
- Musset, Alfred de, *Gamiani*, México, Ediciones Coyoacán, 2000. 77 pp. (Col. Reino Imaginario).
- Rebolledo, Efrén, *Salamandra. Caro Victrix*, México, Factoría Ediciones, 1999. 123 pp.p (Col. La serpiente emplumada).